



NUEVAS

## CONFIDENCIAS

### DE MR. DE LAMARTINE.



I.

Después que aquella primera llama de mi vida se evaporó en el cielo, no dejando en mí mas que el deslumbramiento de una vision y el recogimiento de un culto, anduve errante por algunos meses, como un ciego que ha perdido la luz del cielo, y no se inquieta por la de la tierra. Pasé la mayor parte de aquel tiempo en Suiza, sobre los lagos de Génova, de Thoun y de Neuchatel, enfermo, siempre solitario, no permaneciendo jamas una sola semana en un mismo lugar. Mi madre, que conocia la causa de mis penas, me enviaba de cuando en cuando alguna suma pequeña, ahorrada, sin conocimiento de su familia, sobre lo que se le daba mensualmente para el gasto de su casa; sabia que solo el aire libre evapora los grandes dolores, y que el cambio per-

petuo de lugares cura las fiebres del corazon, así como las del cuerpo. Temia por mí la monotonía, la uniformidad, y la ociosidad mas destructiva, que el dolor de la casa paterna y de la vida de Mácon. Sin embargo, se acercaba el Otoño, y ella no sabia ya cómo disculpar mi ausencia sin causa, á los ojos de mi padre y de mis tíos. Fué preciso volver.

## II.

Volví por Lyon. Allí me embarqué en una de esas embarcaciones que subian y descendian entónces por la corriente del Saône, conducidas, como los trineos, por el hielo del rio, por caballos que galopaban en los prados de que estaba rodeado.

Recostado en el puente, entre los fardos y las balijas, veia la punta del mástil marcar sus ligeras ondulaciones en el cielo, como una aguja negra, adelantándose con un movimiento insensible sobre el cuadrante de mi vida. De tiempo en tiempo me levantaba al ruido de la voz bronca del patron de la barca, que nombraba las poblaciones de la ribera, y preguntaba á los viajeros, si alguno queria descender al puerto por cuyo frente pasábamos. Reconocia los nombres familiares á mi oido, de las poblaciones encantadoras que se encuentran en el curso del Saône; mi rio natal, las islas cubiertas de bosques, de sauces y de mimbrres; los grandes rebaños de vacas que las pasan al nado para ir á pacer sus verdes pastos, no viendo mas que sus narices blancas, y sus cuernos negros sobre el agua; las hermosas montañas del Beaujolais y del Mâconnais, que á los rayos del sol poniente aparecen azuladas como las olas, y parecen flotar como una mar cuya ribera está oculta por su vaiven; y á la derecha esos inmensos prados verdes de la Bresse, sembrados por todas partes de puntos blancos, que no son otra cosa que rebaños, borrados en sus confines por una niebla que los hace parecerse á los paisages de la Holanda ó á los horizontes de la China, sin otros límites que el pensamiento.

Aquellos sitios tantas veces vistos por mí, mas bien pesaban sobre mi corazon en lugar de aliviarlo del peso del fastidio. Habia nacido para obrar, y el destino me conducia siempre, á pe-

sar mio, á aquel nido en el cual me entristecia, en el que me era forzoso plegar las alas, y del que deseaba sin cesar escaparme.

Aquella vez, sin embargo, el dolor me habia destrozado de tal manera, que sentia cierta resignacion fatal, entrando para no volver á salir de aquella casa, donde habia nacido y donde esperaba morir muy pronto. Estaba convencido de que mi corazon habia agotado en aquellos trece meses de amor, de delirio y de dolor, todas las delicias y amarguras de una larga vida, y que no tenia mas que cavar, algunos meses, el recuerdo de Julia, bajo las cenizas de mi corazon, y que el ángel cuyas huellas habia seguido mi pensamiento en otra vida, me llamaria muy pronto para abreviar la ausencia, y comenzar de nuevo el eterno amor. Tal certidumbre me consolaba, y me hacia recibir pacientemente y con indiferencia, el intervalo que creia yo corto entre la partida y la reunion. ¿Con qué fin he de comenzar alguna cosa, me decia yo á mí mismo, si será muy pronto interrumpida? ¿Qué importa que yo arrastre aquí en la tierra las horas supremas de una existencia que se ha estinguido en esta tumba y que no volverá á arder jamas?

## III.

Preocupado por estos pensamientos sosegados, desanimados y desinteresados de la vida, me aproximé insensiblemente á Mácon. Inmediatamente percibí las elevadas torres mochas de su antigua catedral, apareciendo blancas sobre el fondo del cielo, y los trece arcos regulares de su puente romano corriendo á lo largo del rio, como una caravana que atraviesa la corriente á pasos desiguales. La campana del bajel llamaba á los viajeros á subir al puente ó á bajar de él. Se veian en la playa algunos curiosos indiferentes, apoyarse un momento sobre los parapetos para ver pasar la barca bajo el arco estrecho en donde bullian las olas; dos ó tres grupos de parientes ó amigos, que esperando á los viajeros, apresuraban su marcha en la ribera, para llegar á su encuentro y abrazarlos mas pronto en el desembarcadero.

Se saludaban, no cesando de caminar ó vogar, con el corazon, con la vista, con la voz y con el gesto, desde el mástil hasta la

orilla del río. Se reconocía en la alegría impresa en sus rostros, en la impaciencia con que se movían en el puente de la barca, y en las lágrimas que humedecían los ojos, los grados de amistad, de parentesco ó de amor que unían los corazones, separados aun por algunas olas. Buscaba yo con la vista entre aquellos grupos que recorrían la playa, algún rostro conocido que no veía. Nadie me esperaba en un día fijo. Al fin, y en el momento en que iba á desembarcar con mi ligera balija bajo del brazo, sentí mis rodillas abrazadas por las patas y colmado de las caricias de un perro, que, como el de Ulises, me había visto y olido á alguna distancia y se había lanzado sobre el puente, y que ladraba con alegría en medio de la indiferencia general.

Reconocí al viejo grifo de mi padre, un perro de parada, llamado Azor, que formaba parte de la familia hacia trece ó catorce años, y que me había recibido á mi vuelta del colegio. Era el mismo animal que me había desembarazado siete años antes de mi osiánica conversacion con Lucy. Lo abracé y le puse una de las correas de mi balija, para impedirle el que brincase entre los piés de los viajeros. Puesto que Azor estaba allí, mi padre no debía hallarse lejos. El perro me lo indicó, cuando estuvimos en tierra, atrayéndome, por medio de la correa, al lado de un pequeño paseo sombreado por muchos tilos, y guarnecidos de bancos de piedra cercanos al lugar del desembarcadero. Mi padre había ido aventuradamente á sentarse á la hora en que pasaban las barcas por la ciudad; me había nombrado dos ó tres veces á Azor, señalándole la barca con un gesto. Aquel fiel mensajero había comprendido y cumplido su mision, puesto que me guiaba hácia el lugar donde mi padre se encontraba.

Este, que entonces no tenía mas que sesenta y dos ó sesenta y tres años, parecía en toda la fuerza y magestad de la vida. Se había levantado de su banco al percibir los alegres ladridos de Azor; tenía la vista inclinada al suelo, y miraba hácia el lado del Puerto, con su antejo en la mano, segun su costumbre, para observar si su perro le conducía á su hijo. Corrí hácia él y caí en sus brazos. Tenía la voz un poco conmovida, y los ojos humedecidos al abrazarme; mas se notaba una varonil firmeza hasta en su ternura; respetaba su antiguo uniforme de capitán de ca-

ballería; y hubiera creído degenerarse confesando á los demás, ó confesándose á sí mismo, una emocion femenina: era uno de esos hombres que tienen el respeto humano de sus cualidades, el pudor de su virtud, y que ocultando todas las señales exteriores de su sensibilidad en su alma, no hacen mas que conservar la jóven y virginal hasta sus días mas avanzados.

Esta costumbre de su naturaleza fuerte y austera colocaba entre nosotros dos, cierta frialdad en las demostraciones, que podia engañar á primera vista. Nos amábamos severamente, como convenia á hombres; él con dignidad, yo con respeto; él era siempre padre, siempre era yo hijo. Su sensibilidad se ocultaba bajo la autoridad y tras la distancia, hasta sus últimos años, en que yo me había hecho un hombre, y él había llegado á la vejez. Entónces cambiaron los papeles: él era quien se dejaba amar, y yo el que lo amaba. Entónces se manifestó nuestra sensibilidad.

#### IV.

Yo lo veía, caminando á muy corta distancia por temor y por respeto. Mi padre se hallaba entónces en toda la virilidad del hombre. Mi talle, aunque muy elevado, apenas alcanzaba al suyo.

Nada le doblegaba todavía, ni doblegó antes de los ochenta y siete años, su estatura. Llevaba sus años, como una robusta encina de nuestras montañas lleva sus hojas por la centésima vez, ataviándose con ellas sin plegarse, ó mas bien sus años lo llevaban derecho y firme, sobre el fuerte tallo de vida que Dios le había dado. Su rostro, sin tener entonces esa pureza delicada de rasgos y de líneas que caracterizan la belleza pormenorizada del rostro humano, tenía el efecto de esa belleza en conjunto, que hace que se detengan y digan: "He ahí un noble tipo de la humanidad; he ahí un cuerpo digno de encerrar un alma, y llamarlo templo de Dios."

La frente no era bastante elevada para que pudiesen jugar las alas de una imaginacion de mucho vuelo: era únicamente larga, derecha y acentuada, como la frente romana en los bus-

tos de la época de los Scipiones. La nariz era corta y perfecta. La boca rasgada, y adornada con unos dientes pequeños, regularmente engastados, intactos y brillantes hasta su muerte; los labios cortados, casi en ángulo recto, con una espresion de intrepidez severa cuando estaban cerrados, y una gracia y una curva esquisitas cuando se entreabrian y se plegaban ligeramente en las dos estremidades para sonreirse; la barba levantada, como si estuviese sostenida por fuertes músculos; las mejillas mas bien delgadas que llenas; poca carne, muchas fibras cubiertas con una epidérmis coloreada por una sangre ardiente y generosa; el conjunto del rostro ni ovalado ni redondo, sino casi cuadrado, como los de la raza de los guerreros del Jura; ojos de un color indescifrable, y muy resplandecientes, sombreados por unas cejas negras y espesas, que procuraban reunirse sobre la nariz cuando las fruncia, formando entónces una sola línea sombría entre el rostro y la frente. En suma, una soberbia cabeza de gefe militar modelada por la naturaleza ó por la costumbre de mandar á sus soldados.

Ese hábito de mando militar, se revelaba igualmente en todas sus actitudes. Llevaba la cabeza erguida, miraba de frente, saludaba con dignidad, pero sin altanería; sus miembros eran elásticos, su paso firme, lento, regular, como si hubiese oido al andar la caja ó el clarín, para medir el movimiento y la distancia de sus pasos; sus vestidos, de color azul y de forma austera, no tenían nunca ni elegancia ni colores brillantes, ni negligencia, ni abandono en sus pliegues. Se notaban en ellos el recuerdo y la puntualidad del uniforme; sus zapatos con lazos no le pesaban bastante, y se conocia y se veía en su marcha, que creía tener que levantar todavía las pesadas botas á la escudero, que por mucho tiempo habia usado, y que faltaba á sus piernas el caballo del escuadrón. Nunca pasaba por delante de un soldado ó de un caballo sin que se detuviese un instante y tomase su anteojo para ver al hombre ó al animal.

La guerra era su patria, la disciplina su virtud; la espada, el caballo, la silla y el arnés, su ambicion, su recuerdo, su perpetua contemplacion. En él fondo compadecia, sin despreciarlas, todas las profesiones de la vida humana. Todos los oficios que

tienen el lucro por objeto, le parecian muy viles, y de los que tienen por norma ganar el honor, no conocia mas que uno: ofrecer ó derramar su sangre por su rey ó por su patria. Entre el militar y el paisano, nada habia para él. Miraba á los demas como los nobles poloneses miran á los judíos de sus tierras, raza nómade, mercantil y usurera, entre el pueblo y ellos. Era el perfecto modelo del caballero de provincia, padre de familia, cazador, cultivador, amigo del pueblo, despues de haberlo sido del soldado. Tal era el exterior de mi padre.

V.

Sus camaradas de regimiento, de que habia muchos en la ciudad, y los hombres de sociedad, lo llamaban el caballero de Lamartine. Los hombres del pueblo y estraños á su intimidad, lo nombraban M. de Prat. Era el nombre de una tierra de la familia en el Franco Condado, cuyo título le habia dado mi abuelo para distinguirlo de sus hermanos. No se llamaba á mi madre sino madama de Prat, y yo mismo tuve ese nombre en mi infancia, hasta la muerte del mayor de mis tíos, á quien pertenecía solamente el nombre de familia.

Al conducirme mi padre del bajel á la casa, me hacia atravesar con cierto orgullo de ternura paternal, las calles mas largas y mas pobladas de Mâcon.

Era la hora en que los ociosos de la ciudad salian despues de comer, al ponerse el sol, para ir á respirar la frescura del agua, paseándose en la playa, ó sentándose bajo los tilos de la orilla de la ribera. Encontraba por diversas partes algunos de sus antiguos camaradas, parientes ó amigos de la ciudad. Se acercaba á ellos, me mostraba, y parecia orgulloso con las miradas que me dirigian de los umbrales de las casas, ó de las tiendas; aquel hijo tan corpulento como él, volviendo de sus largos viages, un poco pálido y enflaquecido por la ausencia, pero atrayendo sin embargo las miradas por su talle, por su cabellera, por su semejanza con su madre, por esa misma melancolía de las facciones, que añade un misterio á la fisonomía, lo halagaba evidentemente. Alargaba de propósito el camino, busca-

ba los encuentros, y prolongaba las conversaciones. Yo oía murmurar en las ventanas: "Mirad al caballero de Lamartine que pasa con su hijo; venid á verlo." En cuanto á mí, soportaba aquellas miradas y aquellos saludos por respeto á mi padre; pero ardía en deseos de escaparme y llegar á la casa.

## VI.

Llegamos al fin; el perro habia ido á anunciarnos con sus brincos y ladridos de alegría; al pasar el umbral me encontré en los brazos de mi madre y de mis dos hermanas. No pudo dejar de conmovérse y estremecerse visiblemente, al ver cuánto habian enflaquecido y marchitado mis facciones mi larga ausencia y mis secretas angustias. Mi padre no habia visto mas que las hermosas formas desarrolladas en mi adolescencia; mi madre con una sola mirada habia descubierto mis impresiones. La vista de las mugeres es adivina; va derecha hasta el fondo del alma de aquel á quien miran, aunque no sea mas que instantáneamente. ¿Que será, pues, cuando al que miran es un hijo, un rayo de su alma?

## VII.

Durante mi ausencia se habia verificado un cambio en las costumbres de la familia. Mi padre, solicitado por nuestra madre, habia comprado, con el producto de sus largas y penosas economías, una casa de campo en Mácon, para pasar la mitad del año. Habian llegado mis hermanas á esa edad en que tienen que recibirse las lecciones de esos maestros y maestras de artes de adorno; lujo de educación necesario á las mugeres de cierta categoría, cuya vida sin esto, no seria mas que una fastidiosa ociosidad. Habia tambien llegado el momento de producir las, en lo que se llama el mundo, especie de expropiacion recíproca, en que las recién llegadas en la vida, ven y son vistas, hasta que los parientes, las relaciones de familia, las costumbres sociales,

las conveniencias de vecindad o de fortuna, ó en fin, la inclinacion, determinan los matrimonios.

Hermosas, modestas, pero no pudiendo atraer desde lejos maridos, por la modicidad de sus dotes, mi madre presumía, y con justicia, que los jóvenes de su rango no irian á descubrirlas en la soledad de Milly. No queria esponerlas á florecer y á marchitarse por su falta, sin haber derramado su casto brillo de belleza á los ojos de alguno. Miraba como un deber obligatorio de la madre de familia, buscar las ocasiones de encontrar uniones adecuadas para sus hijas. Educarlas para la vida, para la religion y la virtud, para ella no era bastante; queria educarlas tambien para la felicidad.

Mi padre habia comprendido todas estas razones, y bien que á su pesar, y por esfuerzos sobrehumanos de economía doméstica, se habia decidido á dejar sus viñas, sus perros de caza, su partida de cientos por la noche con el cura y el vecino, y á establecerse en Mácon, al menos por el invierno y la primavera de cada año.

Estaba, como todo nuevo poseedor, orgulloso y enamorado de la casa que habia comprado. Apenas entré cuando me la mostró desde la cueva hasta el granero, detallándome todas sus comodidades y ventajas.

La casa, que existe todavía, pero que ha sido vendida y subdividida, desde la muerte de mi padre y la dispersion de la familia, se hallaba situada en el cuartel elevado, noble y solitario de la ciudad que he descrito al principio de esta relacion. Habia pertenecido, antes de la revolucion, á una familia patricia de Mácon con la que teniamos relaciones amistosas de vecindad; la familia de Osenay.

Su fachada principal daba á una larga calle, inclinada, que desembocaba en otra de tilos, dependiente de la gran plaza del Hospital, y paseo ordinario de los niños, de las nodrizas y de los viejos de aquel cuartel. Un dintel de mármol negro, maravillosamente tallado sobre la puerta, anunciaba un sentimiento de arte y de lujo arquitectónico en el que lo habia construido. Aquella puerta daba á un vestíbulo largo, profundo, abocinado, húme-

do y sombrío. En el fondo de aquel vestíbulo se percibían las primeras gradas de una escalera iluminada por una luz indirecta y que provenía de lo alto, como en los cuadros del interior de un convento por *Granet*, el pintor del recogimiento. A derecha é izquierda de aquel vestíbulo, se hallaban cuatro puertas; conducían á las despensas, á las leñeras, á las cocinas, vastos subterráneos, que contenían pozos, cuevas, inmensas chimeneas para todos los usos domésticos, que no recibían la luz sino por unos tragaluces que se hallaban á flor de tierra en el jardín.

La escalera de piedras amarillas había sido construida evidentemente para un hombre de edad; las gradas eran tan bajas y tan poco inclinadas, que podían abarcarse de un paso cinco ó seis. Se asemejaba á esas escaleras insensibles del *Vaticano* y del *Quirinal* en Roma, que parecen proporcionar sus escalones de mármol á los débiles pasos de una aristocracia de ancianos. Después de haber subido la mitad de la escalera, se encontraba uno en frente de una larga ventana y de una puerta pequeña de vidrios, que daba á un jardín interior. Este era estrecho y profundo, cercado de altas paredes grises, tapizadas de rosales y de albaricoques. En el centro se elevaba un arbusto aislado de espino blanco, que á fuerza de años había adquirido el tronco, la ramazón y tamaño de un árbol. Calles pequeñas, cubiertas de arena y cuadradas, rodeaban el jardín. El fondo estaba decorado de palomares, con enrejados de madera pintada, en los que mis hermanas colocaban sus palomas, y con una fuente-cilla con taza de mármol y una estatua del Amor, montada en un delfín, que no arrojaba mas que polvo, no teniendo por espuma mas que telas de arañas. Por sobre los muros del jardín, no se percibían mas que los techos formados de tejas encarnadas y las guardillas con enverjados de hierro de algunas casas elevadas, habitadas por artesanos, y el de un antiguo convento de religiosas. Aspecto monástico, que daba al jardín, aunque bastante iluminado, el carácter, el silencio y el recogimiento de un claustro español.

### VIII.

Entrando al jardín y subiendo de nuevo la escalera, se hallaba uno en la meseta del primer piso. Tres puertas elevadas de dos hojas, se hallaban una frente á la escalera y las otras dos á derecha é izquierda, frente una á la otra.

Por la primera, se entraba á una inmensa sala tapizada de madera esculpida y pintada al temple. Era la grande arteria de la casa, antecámara del salón, comedor, sala de estudio para los maestros de dibujo, de música ó de baile de mis hermanas, sala de labor donde las criadas arreglaban la ropa blanca. Se hallaba adornada de una chimenea encajada en un gran nicho abierto en la pared; de una mesa ovalada para comer; de armarios, cómodas, un piano, dos harpas, y consules pequeños para dibujar, escribir y coser. Un antiguo reloj de *Boule*, con caja de concha negra, adornada con arabescos de latón, y coronada con una estatua pequeña del Tiempo, blandiendo su guadaña, que marcaba melancólicamente las horas á aquellas niñas que no las escuchaban.

A la derecha se hallaba un salón mas pequeño y recogido. Una chimenea antigua, de mármol pardo, ricamente adornada por el cincel del escultor, y cuyos piés derechos terminaban en hojas de aeanto, presentaban un espacio bastante ancho y profundo, para que cupiesen en él troncos enteros de encino. El sillón de mi padre estaba en frente de ella, y en lo restante de la pieza había otros, forrados con terciopelo de Utrecht encarnado, una mesa redonda conteniendo algunos libros, algunas mesillas de juego, cubiertas con sus carpetas de sarga verde, el piso formado de ladrillos rojos y encerados, el techo lleno de ricas molduras, mas ennegrecido con el humo que había recibido por espacio de medio siglo, cortinas verdes en las dos ventanas que daban á la calle; he aquí cuanto formaba el adorno del salón. No se encendía fuego en él sino un momento antes